

## *Sesenta años en la brecha: la selección de artículos de Luis de Zulueta\**

POR

LORENZO MARTÍN-RETORTILLO BAQUER

Agrada comprobar la atención que se sigue dedicando a Joaquín Costa en libros recientes, y no estoy pensando en los que estudian específicamente alguno de los aspectos de su vida o de su obra, que no cesan, ni en los de edición o reedición de su vasta creación. Me refiero a obras de carácter general o sobre temas diversos, en las que sigue viva la presencia de don Joaquín.

Valga, como ejemplo, una cita marginal, y es sólo un dato muy concreto, que tomo del libro de Pierre Vilar que ha editado Rosa Congost, reuniendo "Reflexiones y recuerdos" del gran historiador francés tan interesado por las cosas de España, bajo el título *Pensar históricamente* (Ed. Crítica, Barcelona, 1997). Es muy agudo, y encomiable, el breve retrato que dedica a don Manuel Lorenzo Pardo, embarcado en sus planes de utilización integral del Ebro, interesado Vilar por el estudio de las relaciones entre el hombre y la tierra y las grandes transformaciones. Pondera planes, proyectos, frenos y fracasos del famoso ingeniero. Y afirma en un momento dado: "Había sido, sinceramente, militante del Partido Socialista, y su héroe, su santo, era Joaquín Costa. Yo no ignoraba quién era ese personaje histórico, pero no imaginaba el papel que su figura y su obra había podido desempeñar en ciertos espíritus..." (pág. 119).

Resulta elocuente la afirmación. Otro dato, de mayor peso: mucho más intensa es la presencia de Costa en un nuevo libro, del que ahora me propongo hablar con cierto detenimiento, si bien hay que hacer la puntualización de que se trata de obra póstuma, recogiendo artículos reflejo de una dilatada experiencia vital, escritos, por ende, algunos hace muchos años. Podemos así hallar en el libro una colaboración titulada, en concreto, "Costa", que apareció publicada en Barcelona en 1907 —es decir, en vida de don Joaquín—, en el diario republicano catalán *La Publicidad*, en el que, por cierto, también colaboraba el gran altoaragonés, y que ahora abre el capítulo dedicado a "Personalidades".

Pero, más allá de dejar constancia del amplio registro costista, sobre el que aún insistiré luego, me propongo en esta reseña dar noticia de obra tan significativa y de tanto interés, con la mira puesta en contribuir a su mejor conocimiento. Constituye la edición, creo, una justa labor de recuperación de nuestro patrimonio cultural e intelectual, en una encomiable tarea de ir atemperando, sin acrimo-

nia ni gestos estentóreos, rupturas y olvidos, de los que tan frondosa cosecha nos preparó la Guerra Civil y sus secuelas. El tajo insolente y desconsiderado de presencias llamadas a resultar activas, la fuerza de la idea, impedida, la cívica labor de transmitir la palabra, para convencer o para disentir, enmudecida. Y figuras que ocuparon su lugar en la evolución colectiva, nobles y destacadas, borradas o difuminadas, eclipsadas. ¡Tanto hueco! ¡Tanta privación de presencia! Creo de justicia, por eso, contribuir a que se conozcan obras como esta, que se leen con fruición, palpando el poso de las ideas, recibiendo tantas claves para ayudar a enfrentar problemas, las huellas de tantos problemas que luego crecieron y se agrandaron a consecuencia de las mutilaciones producidas. Páginas a las que el paso de los años no ha hecho perder su frescura, su fuerza, su viveza.

Es muy de agradecer que Carmen de Zulueta, que hace casi 30 años preparó la edición de una obra preciosa, auténtica joya, el epistolario cruzado entre Unamuno y Zulueta (*Cartas, 1903-1933*, Aguilar, 1972), nos ofrezca ahora esta selección de artículos periodísticos de su padre, que se lee con provecho y delección e –insisto– tan bien aguanta el paso del tiempo. Son sólo, diríamos, artículos periodísticos de quien dejó muchísimas otras huellas de su pasión por escribir y vertió su desbordante personalidad en tantos campos: hombre importante de la Institución Libre de Enseñanza, profesor y pedagogo hasta la médula –lo que, en gran parte, tiene que ver con lo anterior–, político avezado en la lucha cotidiana –concejal, diputado, animador y secretario del Partido Reformista, etc.– pero, también –en la 2.<sup>a</sup> República–, ministro de Estado y embajador en Alemania y en el Vaticano.

El libro ofrecerá, así, testimonio de una muy activa presencia en la prensa a lo largo de sesenta años, de 1904 (quizá, desde el 1900) a 1964, fecha en que murió a la edad de 86, activo y con las pilas cargadas hasta el último momento de su fecunda existencia. Sesenta años de periodismo, ¡se dice pronto! Con el don sobreañadido, tan luminoso, aunque tan raras veces se alcance –no olvidemos que con escasa diferencia de años es coetáneo de Ortega–, de la gran calidad intelectual y literaria de sus colaboraciones periodísticas. De esta manera, la prensa raya a su mejor altura. Una prensa muy diversificada geográficamente, lo que da testimonio también de la proyección de la figura de Zulueta. Porque, aparte de en periódicos de Madrid, Barcelona y Bogotá, con su gran difusión en general, aparecen las colaboraciones en diarios de Valencia, Bilbao y San Sebastián, Zaragoza (*Heraldo de Aragón*) o Gijón. La suerte de tan dilatada existencia hace que el profundo comentarista de la actualidad tenga ocasión de enfrentarse desde la más plena lucidez con los acontecimientos tan diversos que han jalonado ese vivo, tenso y polémico, patético, pero también importante, período histórico, tanto en el ámbito nacional como más allá de nuestras fronteras. Las páginas del libro serán así espejo que refleje ya la muerte de Lenin (1924) o la promoción como papa Pío XII por parte del cardenal Pacelli (1939), la propuesta –no atendida– de otorgar el Premio Nobel a don Ramón Menéndez Pidal (1931), la votación del Estatuto Catalán (1931) o la enfermedad que le impide a Joaquín Costa seguir

haciendo pedagogía con las masas (1907), el entierro de Pablo Iglesias (1925) o los trastocamientos en torno a una fase de Trotski (1929), la vuelta triunfante de Unamuno a España tras su destierro en Fuerteventura y su huida a Francia (1930) o la muerte de Antonio Machado en su pesadosa marcha hasta Collioure (1939), de Besteiro en la cárcel de Carmona, él que había apostado por ser pacificador –recuérdese que estaba casado con una hermana de la mujer de Zulueta– (1940), o de Azaña, también en el exilio (1940); pero también aparecen, desde una presencia constante de lo internacional, ya las lecciones de Wilson, el ex presidente estadounidense (1924), la tragedia de Sudáfrica –Sharpeville– (1960), la apuesta por la elección de Kennedy (1960) o, luego, enseguida, los funerales del mismo (1963). Son sólo algunas muestras de los sesenta registros que ofrece el libro, donde tienen cabida, además, por supuesto, tantos avatares de la política española, tantos pasos en torno al “problema catalán”.

Con acierto, los artículos han sido agrupados en siete apartados, según el contenido principal de cada uno de ellos, y expresan con claridad las grandes preocupaciones del autor: política internacional, política española, América, Cataluña, religión, educación y personalidades.

\* \* \*

La persona más citada en el libro, según el “índice onomástico”, resulta ser don Francisco Giner de los Ríos, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, de quien Zulueta fue discípulo y admirador. Es muy interesante, en el epistolario con Unamuno, que antes refería, cómo describe Zulueta el entusiasmo por Giner y la fascinación que le producía. Va a resultar, en efecto, un auténtico y genuino discípulo de Giner en todos los sentidos, en todos sus comportamientos y, señaladamente, en los difíciles tragos vitales que le tocó afrontar. El epistolario citado deslumbra también en cuanto describe las cuitas de un joven aspirante a escritor con el ya maduro rector de Salamanca, quien, por encima de las diferencias que habrían de sobrevenir más adelante, encandila al joven Zulueta en una auténtica relación maestro-discípulo. Magisterio de Giner, magisterio de Unamuno, fecundamente asumidos, proyectados luego con generosidad y responsabilidad a lo largo de una activa presencia pública, sea, como se dijo, en la enseñanza –la Escuela de Magisterio, pero también tantas de las actividades de la Institución Libre de Enseñanza–, el periodismo y la palestra política (al margen de su participación en importantes foros internacionales, una vez que hubo de exiliarse). Pues bien, desde una cierta perspectiva, teniendo presente que cuando escribo estas líneas está a punto de acabar 1997 y nos aprestamos a recordar el centenario del “desastre”, diría que estos son los frutos del 98. Creo que hay que insistir con energía en esta idea. Ya destacaba Antonio Jiménez-Landi, en la interesante semblanza que cierra el epistolario con Unamuno citado, que “Zulueta es una gran figura más que incluir en el *noventa y ocho* español”. Frente a una opi-

nión excesivamente simplificadora de la efemérides, que destaca sólo aspectos catastrofistas o se fija nada más en la retórica desplegada, creo que hay que gritar muy alto que “el desastre” sirve de acicate a un amplio movimiento de “regeneración”, que va a proyectarse a diversos campos, uno, muy importante, el de la docencia y la investigación, pero que alcanzaría también a la hora de alentar vocaciones generosas para la vida pública. Los logros escolares y académicos, callados, cotidianos y sin aspavientos, serían espectaculares, con una muy intensa proyección progresiva e incansante con enorme vocación de engrandecimiento para los años venideros. Entiendo que se trata de un dato de peso en la historia colectiva, que conviene, por ende, tenerlo muy presente. No voy a detenerme en dar nombres o acontecimientos, pues están al alcance de quien quiera conocerlos. Me limitaré a evocar un detalle simbólico que me gusta recordar. Está tomado del epistolario entre Joaquín Costa y Rafael Altamira, fervoroso discípulo éste de aquél. Pues bien, cuando se producen los sucesos del 98, el intercambio de opiniones –que tan certeramente preparó el siempre recordado G. Cheyne en la serie completa de las cartas, que editó bajo el título *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, publicado, también, por el Instituto Gil-Albert, de Alicante– nos ofrece, frente al patetismo y la desesperación del maestro, la escueta sentencia del discípulo, todo un símbolo de la España que quiere afirmarse y que se refleja en esta sencilla postdata con que se cierra una postal enviada a Graus desde Alicante el 22 de julio de 1898: “Paso mis tristezas *españolas* recogiendo derecho consuetudinario alicantino”. Están afirmándose en España los estudios de derecho consuetudinario, cuyo fomento tan gran valedor encontraría en Joaquín Costa y que tan importante habrían de resultar para conocer nuestra realidad. Pues bien, el investigador, el gran alicantino –otro de los españoles de altura sobre los que se cebó el olvido–, al margen de cualquier retórica, de posturas o palabras de cartón piedra, se afana en la humilde tarea de investigar el derecho consuetudinario alicantino, sobre lo que habría de escribir páginas certeras. Todo eso fue también el 98, órbita en la que encaja a la perfección la biografía de Luis de Zulueta.

\* \* \*

Altamira, alicantino; Costa, altoaragonés; Unamuno, bilbaíno; Giner, rondeño; Zulueta era catalán, había nacido en Barcelona. No creo sea ocioso rememorar el origen geográfico, tan rico y diverso, de los personajes que hasta ahora se han asomado a nuestra escena. Zulueta era barcelonés, catalán hasta los tuétanos. Resultan entrañables en el epistolario sus decididas tomas de postura frente a Unamuno, al que le sale respondón, en defensa de Barcelona y de lo catalán ante las críticas que formula el rector de Salamanca tras una de sus visitas a Barcelona (quien, como es sabido, no tenía pelos en la lengua a la hora de criticar lo que fuera y, muy especialmente, a Madrid y sus ambientes). Zulueta dejará constancia en una “carta abierta”, que escribe por cierto en El Pardo y que se publicará

en 1907, de que “Barcelona y usted son dos de mis mayores afectos; nunca, sin embargo esperé que se comprendieran mutuamente”.

Catalán, por nacimiento y convicción, es curiosa la amalgama de líneas que confluyen en su persona, tal y como se describe en el apunte biográfico de Carmen Zulueta que sirve de introducción al libro o en la semblanza de Jiménez-Landi, antes citada: la familia de Zulueta era de origen vasco, de Osma, en la provincia de Álava, uno de cuyos miembros emigra a Cuba en el primer tercio del XIX. El padre de nuestro autor, que había nacido en Cuba, de madre cubana, regresa joven a la península, a Barcelona, donde contraerá matrimonio con una muchacha andaluza, hija de padre granadino y de madre cordobesa, de Cabra. A su vez, Zulueta casaría con una joven maestra, Amparo Cebrián, salmantina, hija de un catedrático de la vieja Universidad de la ciudad del Tormes, a quien había conocido en San Vicente de la Barquera con motivo de una de las colonias escolares de la Institución. Vive y trabaja en Barcelona, pero por consejo de Unamuno marchará a estudiar a diversos países de Europa. Regresa a Barcelona y participa activamente en la política catalana, ya como concejal del Ayuntamiento o como diputado, pero luego se instala en Madrid, donde gana las oposiciones para la cátedra de Pedagogía e Historia de la Pedagogía en la Escuela Superior de Magisterio. No es infrecuente, al contrario, es algo muy común en nuestra historia y realidad, pero resulta hermoso reflexionar sobre la diversidad de hebras que confluyen en su ovillo, todos estos tintes que por fuerza habrán de influir en la coloración: lo vasco, lo cubano (Cuba, todavía, española), lo andaluz, lo catalán, lo salmantino, lo madrileño... Así se hace nuestra historia y, en el caso, como es obvio, creo que ha de influir notablemente en su concepción del mundo y en sus ideas. Aún hay que añadir que a consecuencia del levantamiento militar del 36 habrá de instalarse en Colombia, encontrando excelente acogida en Bogotá —en una recepción en la Embajada de España en Santa Fe en agosto de 1986 tuve el gusto de coincidir con un hijo suyo, del mismo nombre, lo que me causó una agradable sorpresa cuando fui presentado, allí establecido, donde ejercía como conocido crítico de arte—, y al final terminaría sus años en Nueva York, en casa de su hija.

Es curioso este último dato: lo más recientes artículos que el libro incorpora aparecieron en el diario bogotano *El Tiempo*, pero desde siempre había sentido un gran interés por las cosas de América. De hecho, las colaboraciones que se agrupan en el capítulo “América” son de los años veinte (uno piensa, lógicamente, en la rama cubana de su árbol). Pero cada uno de los apartados ofrece abundancia de ideas y sugerencias, en cuanto denotan las aficiones y preocupaciones del autor, que, por supuesto, cuidaba siempre de estar preparado y a la altura de las exigencias: las cavilaciones religiosas —cómo no en un discípulo de Unamuno!— del joven educado en los jesuitas pero sensible a las exigencias de la puesta al día y a los retos de la modernidad (impresiona la decidida apuesta por la libertad religiosa que formula en 1913, en artículo que denota un profundo conocimiento del Derecho Constitucional europeo, o el canto a la tolerancia, en páginas que rezu-

man emoción y belleza cuya lectura conmueve, narrando la heroica muerte del rabino Abraham Bloch); no deja de ser curioso que el último cargo público español que tuvo fuera el de embajador ante el Vaticano... a la tercera, pues dos veces, antes, le habían negado el *placet*. Cómo no, su interés por la “educación”, en el gran pedagogo: el primero de los artículos que se ofrece, de 1909, constituye una apuesta decidida a favor de la coeducación, en torno al comentario de un congreso recién celebrado en Londres, donde Castillejo, el delegado español, pudo exponer cómo en la Institución Libre de Enseñanza el criterio se había impuesto ya desde hacía treinta años. La seducción por las “personalidades” se acompaña por la afición a la “política internacional” y a la “política española”. Dejo intencionadamente para el final el apartado referente a “Cataluña”: aflora de lo hondo, y decidida, su veta catalana, irrenunciable y clara, sin mengua de una visión de altura; intentando siempre convencer, buscar el respaldo popular y evitar a toda costa cualquier situación de vencedores y vencidos. Me haré eco de algunas afirmaciones tomadas de cuatro de los artículos, tratando de tentar al lector, que apreciará con facilidad la claridad y ponderación de sus tomas de postura, la modernidad de su exposición, con palabras que nos suenan y que tantos las suscribirían hoy gustosos.

Propugnando en el 18 la conveniencia de la celebración de Cortes Constituyentes, escribe:

Y ellas nos parecen tanto más necesarias cuanto que no se debe legislar sólo para Cataluña. La autonomía de esa región constituye una parte de la gran transformación española. Para que haya libertades locales y regionales es preciso hacer una España libre. Necesitamos una España emancipada, un régimen democrático, una nueva Constitución. Y entonces, en momentos de entusiasmo general y de realización de aspiraciones populares, las Cortes Constituyentes discutirán sin recelos el estatuto autonómico de Cataluña. Convéznase ésta de que su salvación está ligada a la salvación total de España. Vayamos todos juntos a esta obra. Y no tendríamos derecho a emprenderla sin consultar antes en los comicios la voluntad del pueblo.

En el 23, apenas tres meses antes del pronunciamiento de Primo de Rivera, en Barcelona, escribe estas palabras tan clarividentes, glosando una vieja llamada de Giner a la solidaridad, lamentándose de la profunda insolidaridad existente:

Éste es, en efecto, el pecado capital de España y Cataluña. Y éste es el que está expandiendo cruelmente Barcelona, la espléndida ciudad mediterránea.

Somos el país de las guerras civiles. Desde la discordia latente entre las varias regiones peninsulares hasta las minúsculas querellas que se esconden en el consejo de cada sociedad, en el claustro de cada escuela, en la directiva de cada catedral, en el ayuntamiento de cada pueblo..., toda Iberia vive perpetuamente entregada a una lucha intestina, en la que cualquier individuo se halla dispuesto a cortar moralmente las amarrias que le unen a la obra común, sea ésta la de un comité de barrio, sea la de la nación española.

Por eso en nuestra patria falta la interna disciplina social. La que no puede suplirse con el rigor contraproducente de las medidas coactivas exteriores. Cada español es un francotirador.

Cada aldea es la rival irreconciliable de la aldea vecina. Cada colectividad, institución, grupo, clase, gremio o bando, aunque devorado por íntimas discordias, proclama su independencia de kábila frente al resto de la nación y del planeta. En otros países no son, ciertamente, más débiles que en el nuestro los egoísmos, y las ambiciones, los rencores y las envidias; pero estas pasiones individuales, miserias crónicas del pobre corazón humano, quedan superadas por un deseo general de salvar en cada caso la obra colectiva, de la que todos se sienten responsables.

Lo contrario, por desgracia, suele acaecer aquí. Cualquier ciudadano se mofa, con secreta complacencia, de los abusos y corruptelas que existen en nuestro país. No piensa que él, por acción o por omisión, puso también sus manos en el cruz de la patria. No. Él se desliza, se desentendiende... Todo español es separatista de todos.

Un par de años después, a finales del 26, nos ofrece esta impresionante reflexión sobre las lenguas:

Todo español de amplia mente querría, a ser posible, conciliar las dos cosas. Si la vida y la escuela se concentrasen para conseguir que a la vez que todos los españoles hablasen con facilidad y corrección la lengua castellana, y a la vez que la lengua castellana fuese cultivada en toda la nación, se cultivaran también en las respectivas regiones las otras lenguas españolas, en las que tantas emociones sinceras se han expresado y tantas hermosas páginas se han escrito, no hay duda de que, más que a una España de una sola voz, de una sola literatura, de una sola nota en su espíritu y una sola cuerda en su lira, podríamos dar el nombre de "la España grande" a esa España que tuviera varias lenguas y, sin embargo, una sola lengua, varias almas y, no obstante, una sola alma común.

Y sigue poco después:

La unidad no debe ser uniformidad. ¡Hijos de la España poliforme!..., nos llamaba desde las Españas de América Rubén Darío. La unidad es condición de los organismos superiores: es el carácter esencial de la conciencia: es ley de vida. La uniformidad, por el contrario, es un comienzo de inmovilidad y de muerte. La unidad nacional de España, consagrada en aquel año milagroso de 1492, que vio la toma de Granada y el descubrimiento de América, fue un bien. La uniformidad con que se la quiso salvaguardar después, expulsando moriscos y judíos, exterminando a heterodoxos, destruyendo libertades locales y ahogando humanas modalidades del pensamiento, fue un error. Ese error de la uniformidad constituyó en la Historia el mayor peligro para la verdadera, necesaria y salvadora unidad nacional.

Según Maragall –aquel escritor de lengua castellana y gran poeta de lengua catalana–, Iberia, rodeada de sus mares, escucha en cada una de sus varias playas un distinto canto de las olas; pero, tierra adentro, las notas diferentes van fundiéndose en una sola resonancia, que es un coro de hermandad y de amor.

Así ocurre con este diálogo de las lenguas. La voz del catalán nos habla de sus montañas cubiertas de retama y de pinares. Nos dice el valenciano de sus huertas y de sus playas doradas por el sol. El mallorquín nos revela el tranquilo paraíso mediterráneo. Refleja el gallego la melancolía de sus dulces campiñas y el infinito de los horizontes atlánticos. Y el vasco expresa lo intenso de su raza, la belleza de su tierra y la grandeza del mar de Cantabria... Mas todas esas voces

diversas se funden en una inmensa resonancia, en un solo himno, la España grande, cuyos acordes, luego sobre las alas de los vientos, llegan hasta las costas de las remotas Indias y despiertan ecos de la misma habla, la Magna Hispania del Continente Nuevo.

Por último –sé que los textos son largos pero se convendrá en que vale la pena transcribirlos–, en 1930, glosando el libro de Cambó *Por la concordia*, nos depara las siguientes reflexiones:

Cataluña es un hecho, “Un hecho diferencial”. Pero España, la unidad de España, es también un hecho. Es una realidad geográfica e histórica, hija de la naturaleza y del espíritu. (...) Mas esta unidad tantas veces secular no excluye la interna diversidad. La geografía y la historia nos enseñan que España es una y debe constituir un solo estado, grande y fuerte. Pero nos enseñan a la vez que España es varia y que ese estado debe adoptar modalidades regionales, autonómicas o federales. España no se aminora, sino que se enriquece, por abarcar paisajes muy distintos, hablas diferentes, pueblos con propia fisonomía y con carácter propio, unidos todos por un común vínculo jurídico y una común idealidad.

Concordia, españoles, concordia... Concordia no sólo entusiasta, sino reflexiva y práctica, basada en el sincero deseo de entendernos y ayudarnos recíprocamente. La diosa Concordia, según los antiguos, era hija de la Justicia.

\* \* \*

La Justicia, hermosa palabra para rematar tan lúcidos pensamientos. La Justicia es palabra frecuente a lo largo de toda la obra y fue norte que orientó en vida al autor. Temo que estas reflexiones más podrían titularse “60 años en la brecha... y después el más absoluto olvido”. Al margen de allegados, de cuatro románticos y de cuatro especialistas –uno de los sinos de la España que nos tocó vivir–, me da la impresión de que las más densas capas del olvido han caído sobre la figura de Zulueta, como sobre tantos otros, notables y esforzados, que aportaron mucho. Pero ahí está siempre permanente la vieja aspiración de la humanidad que de forma tan precisa expresaba el Derecho romano: “Justicia est constans et perpetua voluntas jus suum cuique tribuens”. La Justicia, el dar a cada uno su derecho, “dar a cada uno lo suyo”. La necesidad imperiosa de restituir cada pieza en su lugar. Estoy seguro de que en su Barcelona natal le habrán hecho justicia recordándole con los merecidos homenajes. Pero Luis de Zulueta es, sin duda, una sólida figura nacional que debe ocupar inexcusablemente en la memoria colectiva el importante espacio a que se hizo acreedor (a título de anécdota, ahí está como dato bien significativo el de su intensa presencia en los *Diarios de Azaña* recién rescatados y que acaban de publicarse). Me parece por eso de justicia romper una lanza, aunque sólo sea –y sé que es bien poco–, dando la bienvenida a este libro que tan oportunamente nos llega de Alicante.

Y una última reflexión para terminar. Los aficionados a Costa conocen bien la selección de textos que preparó José García Mercadal en 1935, bajo el título *Ideario de Joaquín Costa*. Yo tengo una bien cuidada segunda edición de 1964



(Ed. Afrodísio Aguado). Pues bien, ambas ediciones se abren con un valiosísimo prólogo... de Luis de Zulueta, que lo titula “Costa y España”. Y es que, si fue discípulo de Unamuno y de Giner y de otros grandes maestros, también lo fue de Costa, a quien dedica en dicho prólogo bien vibrantes palabras. Es evidente que asimiló con profusión sus ideas y su pensamiento. Bien lo acredita el libro que comento, que reiteradamente se hace eco de las fórmulas y soluciones de Costa. Hay, incluso, un detalle anecdótico: dije antes que Giner era el autor más citado. Pues bien, inmediatamente después le sigue Costa, como se deduce sin dificultad de la consulta del índice onomástico.

Terminaré así por donde había comenzado. Resulta grato constatar el reflejo vivo de la obra de Costa en los libros que se siguen editando. Evocaba antes el 98: convendrá tener muy presente de nuevo a Costa y recordar que no pocas de las empresas que él animó encajan con todo derecho en las más nobles secuelas de la reacción que la pérdida de las colonias produjo y que vino a representar un auténtico despertar de España en tantos campos. Me gusta recalcar así el significado al respecto de la magna obra que fue la *Encuesta sobre oligarquía y caciquismo*, que se desarrollaría desde el Ateneo de Madrid. Esta presencia tan clara en pensadores como Zulueta, cuya obra reverdece ahora con vigor, es otro dato bien sintomático. Las raíces del pasado aguantan la arboladura que se proyecta hacia el futuro. El libro que comento es una buena prueba. Y me gustaría decir, para terminar, que tantos lectores actuales, desnortados y perplejos, que no saben cómo canalizar sus ansias de respuesta a los problemas de nuestro tiempo, preocupados por la injusticia y gustosos de contribuir a la mejora de nuestra sociedad, sensibles a los retos que hoy esperan respuesta, sin respuesta ante las respuestas, han de hallar sugerencias, incentivos y fuente fecunda de reflexión en las páginas del ilustre barcelonés puestas de nuevo ahora a nuestra disposición. Y pienso no sólo en lectores de Cataluña o de toda España sino que estoy seguro de que las características de los escritos las hacen especialmente sugerentes también para los lectores de las Américas, tan lejos pero siempre tan cerca.

Madrid, 29 de diciembre de 1997

#### NOTAS

- \* Luis DE ZULUETA, *Artículos (1904-1964)*, introducción y notas de Carmen de Zulueta, Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert”, Alicante, 1996, 323 págs.